CULTURA

EL SIMPOSIO DE BURGOS

Henri Lefebvre: «Ciudad, lenguaje y vida cotidiana»

Durante los días 4, 5 y 6 del presente mes se celebró en la ciudad de Burgos un interesante Simposio en el que intervino como figura principal el pensador y filósofo Henri Lefebvre. Los temas del Simposio eran "Ciudad, lenguaje y vida cotidiana", y a él asistieron más de cien especialistas llegados de toda España, así como varios ponentes. La importancia cultural del Simposio y la personalidad de Lefebvre obligan a una información amplia, completa y contrastada, lo que hemos intentado en los textos que siguen y que expresan desde ámbitos diferentes—y en alguna medida contradictorios—las impresiones de los protagonistas.

Henri Lefebvre y Luis Martín Santos, organizador del Simposio

Crónica de tres días

"Ustedes me han colocado el cuchillo en la garganta y desean que escupa recetas. Pero me niego." Con estas palabras el filósofo francés Henri Lefebvre daba por terminada su intervención en el Simposio que los días 4, 5 y 6 de septiembre se celebró en la ciudad de Burgos. Recientemente había comenzado a producirse un fenómeno relativamente extraño en nuestra vida cultural: la contestación. Durante tres días Lefebvre, sin duda inadvertidamente, se había producido como un conferenciante, es decir, como un hombre de cultura.

Había ejercitado los mismos ritos, los mismos usos, había utilizado los mismos giros, las mismas expresiones del campo cultural-ideológico en detrimento de la inducción crítica. Para algunos fue una decepción. Y solamente cuando, de forma espontánea, el último día se produjeron los conatos de contestación ya citados la temperatura crítica se elevó considerablemente, bien es cierto que, a cuenta del conferenciante. Alguien dijo entonces: "El Simposio acaba de empezar." Pero era demasiado tarde.

La sociedad urbana

Conviene que, retrospectivamente, repasemos el desarrollo de esta singular reunión. Singular en la medida en que, tanto por la relevante personalidad de Lefebvre como por los temas tratados, resultaba inconcebible hasta hace poco tiempo en la vida cultural española (¿y qué decir de la burgalesa?).

El día 4 de septiembre, viernes, se inició el Simposio. Abrió las sesiones su organizador, el catedrático de Filosofía Luis Martín Santos, y después intervino el sociólogo José Vidal Beneyto. Vidal dijo en aquella ocasión que no se trataba de producir un homenaje a Lefebvre (que estaba ausente de la sala), ni de unos juegos florales, ni de celebrar un cumpleaños. Se trataba de trabajar como en un taller y, sobre todo, de contestar críticamente las preguntas y respuestas del pensador francés. Después habló Henri Lefebvre sobre la ciudad. Lo hizo con gran exactitud, con gran sencillez, como si repitiera ante un núcleo de aficionados relativamente inexpertos el sentido de su pensamiento desmenuzado y simplificado. Lefebvre siguió el curso de sus teorías, ya expresadas en un libro reciente y significativo, "La revolución urbana", que acaba de aparecer en Francia. La hipótesis de trabajo es la siguiente: imaginemos por un momento que toda sociedad es urbana, que se ha producido ya el fenómeno de urbanización a escala mundial. Así mismo, puso de relieve el proceso tricotómico que conduce de la ruralización a la urbanización (sociedad rural-sociedad industrial-sociedad urbana).

Intervinieron con sendas comunicaciones los profesores Julio Ortega, de la Universidad de Valladolid, y Solá Morales, catedrático de Urbanismo de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, que hicieron ciertas puntualizaciones críticas a la obra—ya que no al discurso del conferenciante—. Lefebvre respondió a estas intervenciones afirmando que cada país debe inventar una vía hacia la sociedad urbana, que él no proponía modelos, sino "caminos", y que ahí radicaba, a su entender, una de las formas de aplicación del concepto diferencial que acaba de elaborar en su ya famoso "Manifiesto". Habló después el sociólogo y urbanista Mario Gaviria, discípulo de Lefebvre y, a mi entender, una de las personalidades más representativas en ese campo en España. Dijo que le resultaba difícil en sus trabajos empíricos adaptar a la realidad urbanística los conceptos lefebvrianos de valor de uso y valor de cambio, en tanto que no se contraponen ni aparecen separados en la práctica. ¿Cómo hacer una ciudad—preguntó Gaviria—en la que prevalezca el valor de uso sobre el valor de cambio, cuando lo que se busca es únicamente la rentabilidad, es decir, el valor de cambio?

Contra la sociedad de consumo

De nuevo salió Henri Lefebvre a la palestra para advertir que su crítica de la sociedad de consumo partía, efectivamente, de la distinción entre uso y cambio, y que aquella crítica había sido relativamente operativa porque había creado una conciencia. Sugirió que, tal vez, la clase obrera de los países capitalistas estaba llevando a cabo la creación de una "sub-cultura", una sociedad de uso que podrá romper el muro del cambio. Habló más tarde de la "cultura de la pobreza", y dijo que mientras durante siglos era la riqueza la que había creado la cultura, hoy se daba la paradoja de que la riqueza crea la incultura, el desierto, mientras los países que salen de la pobreza están creando una nueva cultura, rica en valor de uso. La primera sesión del Simposio terminó con estas puntualizaciones. Lefebvre estaba visiblemente fatigado, pero animoso.

El "Manifiesto Diferencial": un documento discutible

El lenguaje y los lingüistas

La segunda sesión se dedicó por entero al tema del lenguaje. Lefebvre siguió el esquema de su libro "El lenguaje y la sociedad", estudio ya clásico y enormemente controvertido, sobre todo por los analíticos. Tras denunciar que las ciencias del lenguaje no eran algo unitario, afirmó que este tema, por su importancia en nuestro mundo, no podía quedar reducido a los especialistas, etc.

Dos ponencias de dos especialistas españoles—Víctor Sánchez de Zavala y Francisco Gracia—fueron leídas a continuación por sus autores. La primera proponía —tras hacer hincapié en la no existencia de una teoría general del lenguaje—una Enciclopedia de la ciencia del lenguaje. Sánchez de Zavala hizo un análisis riguroso y sugerente de la lingüística de Chomsky, el profeta de la contestación en U. S. A. Pero ambas ponencias se dirigían, en realidad, contra la teoría lefebvriana. La intervención de Jacobo Muñoz, profesor de la Universidad de Barcelona y traductor de Lukacs, matizó la tesis de Lefebvre. Peor que mejor, Lefebvre contestó a aquellas observaciones. Pero contestó de "oído", porque, repentinamente enfermo, tuvo que ausentarse mientras las comunicaciones se leían. El ambiente comenzaba a decaer. El día anterior, los arquitectos, que en buen número asistían al Simposio, brillaron por su ausencia, y eso que, como dijo Lefebvre, parte importante de sus meditaciones les pertenecían, era a ellos a quienes su teoría otorgaba la última palabra en urbanismo. Los temas lingüísticos se vieron más favorecidos, aunque especializados y no siempre accesibles a un público heterogéneo, despeñaron el certamen en las profundidades del aburrimiento, pese a la brillante presencia española.

La palabra o el silencio

La primera intervención significativa se produjo en aquella segunda sesión cuando el sociólogo Jesús Ibáñez dijo su ponencia (es decir, no la leyó, la pensó ante el público). "Es mi intención, advirtió Ibáñez, no mantener nada, sino iniciar una reflexión crítica compartida. Al releer la obra de Lefebvre, y en particular su "Manifiesto diferencial", la imagen idealizada del pensador francés desaparece." Se refirió después a la subterránea y a veces patente agresividad generada por el Simposio en todos sus asistentes. La función de la palabra de Lefebvre, advirtió, ha quedado rota. La línea programática que proprone en su "Manifiesto" no sugiere ni moviliza nada. Su palabra ha dejado de ser un motor. ¿Qué hacer?, se preguntó al final. ¿Seguiremos utilizando la palabra o escogeremos la estrategia del silencio? A todo esto, Lefebvre contestó diciendo que el papel del filósofo ha cambiado, puesto que no puede ya permanecer encerrado en un sistema. El filósofo, o si se prefiere, el "meta-filósofo", debe proporcionar nuevos elementos, arrancar determinados conceptos y ponerlos en circulación en el torrente general de la cultura. Por eso—siguió diciendo—, mi pensamiento es antisistemático. Y por eso puedo, en alguna medida, hacer mención de los conceptos que puse en circulación y que han penetrado en la cultura cotidiana: mixtificación, cotidianeidad, diferencia... "Estoy contra el silencio, porque es una forma de nihilismo. Los intelectuales no somos panteras negras ni estamos encerrados en un ghetto."

Con la intervención—técnica y sugerente, pero de difícil comprensión por el deficiente francés del ponente—del arquitecto portugués Nuno Portas se cerró la segunda sesión.

Lo cotidiano

La vida cotidiana era el tema de la tercera y última sesión. Lefebvre comenzó su disertación haciendo algunas observaciones: que la descripción de lo trivial no tiene por qué ser trivial en sí, y que la descripción puede, en algunos momentos ser crítica. Distinguió después dos modalidades en la forma "repetición", la cíclica y la lineal. La primera, ligada a la Naturaleza; la segunda, al hombre y su trabajo. El crecimiento de la práctica racional es la primacía de la repetición lineal sobre la cíclica, aunque la vida cotidiana esté formada por ambas modalidades. Con el capitalismo, el mundo se despliega y se convierte en masivo. En nuestra sociedad actual hay que consumir; la duración de los objetos es, tal vez, lo menos importante. La vida cotidiana actual trata de reducir el tiempo de duración de los objetos que consumimos. "Yo no estoy—dijo después—en contra del consumo, sino en contra del consumismo como organización, del consumo pasivo. La sociedad burocrática del consumo dirigida proyecta la noción de pasividad sobre tres sectores determinados: trabajo, familia y ocio. La vida cotidiana está dominada por la pasividad, de modo que muchas veces no es un vivir, sino un "sobrevivir". En la cotidianeidad organizada racionalmente aparecen con frecuencia elementos irracionales. Se trata, sin embargo, de un fenómeno mucho más complejo que el de reificación.

¿Crítica o contestación?

Las críticas que, según Lefebvre, han sugerido su teoría de la vida cotidiana son o izquierdistas o derechistas. El propone una vía intermedia. Y puntualiza: cualquier transformación del mundo debe comenzar por la vida cotidiana. Esta transformación sólo podrá producirse en la sociedad urbana, donde el uso recobrará la plaza del valor.

La última ponencia estaba a cargo del teólogo González Ruiz, que habló de la tendencia—y capacidad de asombro—del filósofo a reducir la vida cotidiana a objeto, cuando en realidad la filosofía no puede dar ningún tipo de respuestas en el terreno de lo cotidiano.

Minutos más tarde de esta intervención y como si, al fin, las energías concentradas durante tres jornadas de trabajo cultural se liberaran, varios asistentes interpelaron a Lefebvre sobre diversos y no muy claros aspectos de su teoría, sobre la operatividad de sus conceptos, sobre las zonas que su pensamiento deja —¿deliberadamente?—en la penumbra, etc. La dialéctica del pensador francés (alguien lo comparó por su verbo florido y su imaginería retórica con un abate francés en plena homilía) estalló en vigor, primero, y en tensión, después. Pero a medida que sus respuestas se sucedían, a medida que los asistentes recobraban el uso de la palabra, incomprensiblemente perdido en tres días de adoración, respeto, hipnosis, o comoquiera que se llame la fuerza emanada por las superestructuras culturales institucionalizadas, se palpaba claramente cómo la tierra propuesta del trabajo crítico-científico enunciado por Vidal Beneyto al comienzo de la reunión se alejaba del horizonte. Eran las dos de la tarde del día 6 de septiembre y el Simposio de Burgos había terminado.

Alberto Míguez

PRISMAS

13 notas sobre un Simposio «contestado»

1 Se esperaba que el choque central tuviera por contendientes a los neopositivistas, de una parte, y a los dialécticos y críticos, por otra. Este choque se produjo, pero ni siquiera fue el más espectacular, aunque se diera en tonos fuertes. La sima más profunda se abrió en el propio campo dialéctico a última hora, entre los que podríamos llamar conformistas y los críticos más radicales. El barreno que inició la ruptura lo había colocado Artero en un "show" provocativo, motivado porque la dirección del coloquio no dio el paso franco a su ponencia. Una ponencia contestataria, es decir, una enmienda a la totalidad. La provocación de Artero, en colaboración con Revuelta, sirvió para que algunos participantes jóvenes hicieran suya la pregunta esencial de aquéllos: ¿A quién sirve este Simposio? Luego, Alberto Míguez desencadenaría la réplica en un nivel intelectual más estricto al negar de plano la validez de varias de las tesis lefebvrianas.

2 Antes, Jesús Ibáñez había establecido un punto de partida crítico que no fue aprovechado hasta la plena toma de conciencia del jovencísimo sociólogo Arnaiz. "Ellos—Artero y Revuelta—me han hecho comprobar mi impotencia teórica y me demostraron que no sabía —que no sabíamos—nada y que las conferencias e intervenciones no habían incluido propuestas fecundas. Las abstracciones de Lefebvre no son operativas", me dijo personalmente. Más tarde se lo diría a Lefebvre cara a cara, y con fotógrafo. La "enmienda a la totalidad" se reproducía, así, en un orden mucho más riguroso.

3 Con sus entradas y salidas, sus desplantes y su susceptibilidad, los neopositivistas dieron mucha guerra a los contrarios. A propósito de los neopositivistas, circulaba en el Simposio una anécdota: a uno de ellos se le solicitó una conferencia sobre Kant. Réplica: "Yo no hago fanatismo, hago ciencia."

Debemos citar a los que, no sé por qué, no estuvieron: Trías, Llorens, Sacristán, Castilla del Pino, Aumente, Tusquets, Gustavo Bueno, Cueto. Gustavo Bueno había enviado por delante su ponencia: una crítica en profundidad del pensamiento lefebvriano. Ingenuamente, tal vez, uno preguntaría: ¿Por qué no se leyó?

Digamos en seguida que la ausencia de Castilla y Aumente estuvo justificadísima. No las otras.

4 Realmente, el primer contestatario fue uno de los organizadores, y además amigo particular de Lefebvre desde hace muchos años: el sociólogo urbanista Mario Gaviria. El día inaugural Gaviria sostuvo, cierto que con mucha moderación, que muchas de las categorías lefebvrianas ya no servían en la praxis.

Pero la tempestad se desencadenaría después.

5 Quizá el más duro en la crítica fue Jesús Ibáñez; pero también fue, pese a todo, el más cordial y el que con más justicia reconoció los valores de la filosofía lefebvriana. Al final, sería reivindicado por los más jóvenes. "Metaponencia", llamó a su improvisada intervención. Los más conformistas protestaron contra ella en voz muy baja.

Hacia la sociedad urbana

6 Ramón Garriga o el arquetipo del "molestón". A diestra y siniestra, sin saber por qué ni para qué, vapuleaba por sistema a todo el que intervenía, fuese apologeta o crítico de Lefebvre. Se comentaba en los descansos que lo había contratado Luis Martín Santos para dinamizar el curso de los coloquios. La verdad es que no hacía falta. A veces, había que estar a favor del "molestón" por lo que había defendido, pero Juan Maestre, que se vio en la necesidad de adoptar esta actitud, aclaró de entrada: "Aunque "me cae gordo", pienso que ese señor tiene razón."

7 José Vidal Beneyto se manifestó como el gran polemista de siempre. Supo prever, ya en la apertura, la tormenta que se avecinaba. Fue, con Martín Santos y Gaviria, el gran movilizador de la convocatoria. Dijo a Zavala públicamente que había repetido a Chomsky. Hizo notar a Gracia el absurdo de negar la posibilidad de una teoría general del lenguaje y propugnar después la elaboración de una enciclopedia de las ciencias del lenguaje. Corrigió a Arnaiz: "No digas "conceptos operativos", que suena a neopositivismo. Di instrumentos de trabajo." Siempre enérgico, en francés, español o alemán, sus intervenciones fueron un eficaz disolvente de la amenazadora esclerosis. Y estuvo, con su palabra o con su silencio, en el lado de la contestación intelectualmente rigurosa.

8 Lefebvre se trajo su equipo de Nanterre, muy numeroso. Pero ninguno de sus componentes despegó los labios. A la pregunta contestataria "¿Qué propone Lefebvre?" nunca le quisieron hacer frente.

Un ponente tímido: José María González Ruiz. Pero a última hora se decidió a defender su tesis dentro del esquema de la crítica de la vida cotidiana.

9 Corte a los contestatarios Revuelta y Artero, a cargo de Mario Gaviria. "¿Cómo impugnáis a Lefebvre si yo sé, porque soy amigo vuestro, que no lo habéis leído?"

10 José Vidal solicitó el primer día que no se hiciera estética personal. Pero se hizo. ¿Qué fue si no el "show" contestatario del hotel Santiago Apóstol?

Aunque muchos participantes jóvenes sigan sosteniendo, tal vez con razón, que fue muy útil.

11 Cuando Artero empezó a desplegar su "show", un urbanista catalán comentó: "Este es un partidario de Marx, pero de Groucho."

12 Para uno de los "dialécticos" pertenecientes a la zona "conformista", cierta publicación española que circuló por el Simposio está hecha para "chachas de izquierda". Un clasista enmascarado, que duda cabe. Gran contradicción, por cierto, entre lo que dijo en el estrado y lo que espontáneamente opina.

13 No firmemos antes de decir que los contestatarios—salvo Artero, que gritaba consignas antilefebvrianas desde una terraza vecina—tomaron café en el Espolón, a la hora de la despedida, con el filósofo francés.

Lucrecio

INQUIETUDES EN TORNO A UNA REUNION

El hecho de que en una ciudad como Burgos se celebre un Simposio respecto a la obra de Henri Lefebvre tiene un especial significado, e incluso puede ser síntoma de algo que va más allá del puro contenido de los tres temas Ciudad, lenguaje y vida cotidiana **que constituían el objeto de las conferencias del profesor francés y materia de discusión de los participantes.**

Del contorno del Simposio se pueden extraer algunas consideraciones, así como efectuar un análisis de ciertas e inconscientes intenciones y anhelos. Primeramente el marco que rodeaba la reunión, un Burgos "Cabeza de Castilla"; una ciudad en la que la proporción de espacio físico y humano ocupado por los monumentos se ve desbordado por un constante proceso de urbanización y modificaciones en la estructura social; símbolos progresivamente patentes de un incuestionable cambio producido a escala nacional. Transformaciones que ponen de relieve esa misma contradicción hecha patente desde el mismo comienzo del Simposio.

Por otro lado, ciento cincuenta especialistas, estudiosos, artesanos, aprendices o curiosos —según los diversos enfoques personales—, procedentes de diversas disciplinas, pero indudablemente unidos por algo que va más allá de sus diferencias, y hasta, si se quiere, de su snobismo; su inquietud por una problemática que, por presentarse tan concreta, ha de ser convertida en una abstracción para poder sostenerla desde su propia situación social.

Por último, Henri Lefrebvre, una figura a la que se puede discutir, criticar y hasta hacer enojar, pero a la que no se puede negar la gran magnitud de su talla intelectual, por mucho que simplifique, hasta hacer endeble la trama de alguna de sus teorías, ni por el hecho de que esconda en una amplia ambigüedad la explicación de las interrogantes que engendran sus propias proposiciones. El profesor Lefrebvre, como todo el mundo, es también producto de sus circunstancias. El autor de aquella pequeña obra de introducción al marxismo y a la dialéctica, un hito en su orientación; el militante que se tuvo que enfrentar con la dirección del partido comunista francés y fue expulsado; el profesor universitario que ha podido ser algo más que un espectador en la formación de un proceso que ha desembocado en la vorágine de la más romántica, ideológica y contradictoria de las revoluciones, como fue el "mayo francés", es también el ciudadano de una de esas islas sociales de la abundancia (aunque consciente de lo que esto supone, pesa y engendra). Todo esto se combina para dar sentido práctico a sus formulaciones dialécticas.

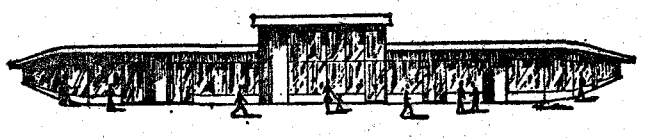
Cambio y aspirantes al control del cambio, catalizados por quien ha pasado por estas situaciones y además ha querido plasmar praxis e inquietud en una teoría que diera respuesta a aspiraciones y fracasos; intento arriesgado que puede hacer caer en la imprecisión y la ambigüedad.

Con estos componentes, los resultados podían ser previstos "a priori". La pluralidad de opiniones es difícil de comprender. Se está acostumbrado a la intransigencia y se toma como dictado lo que no es más que una opinión argumentada. Se aspira a soluciones y no a respuestas. Se quiere el cambio y no la explicación dialéctica. Se desea lo total y radical cuando sólo son ofrecidos aspectos y posibilidades. Ante esto las aportaciones de Lefebvre tienen que resultar confundidas y poco válidas.

Pero, sin embargo, tras esta faceta pesimista se encuentran factores y aspectos claramente positivos: constatación del cambio, agrupación de esfuerzos, contraste de opiniones, audiencia de unas singulares lecciones y, esperemos, la reflexión de unos fracasos.

Juan Maestre Alfonso

MUEBLES LOPEZ



LUCHANA, 17 AL 21
TRAFALGAR, 1
LUCHANA, 31
HASTA 36 MESES DE CREDITO

MOMENTO DE UNA GENERACION

("Nueve novísimos", de José María Castellet)

"Como me hubiera gustado volver atrás..., tener veinticuatro años, haber heredado el mundo entero y estar lleno de fe y alegría." Sí, eso dice F. Scott-Fitzgeraid, y eso decimos nosotros, los hombres que éramos niños en los años treinta y cuarenta. ¿Quién nos devolverá la niñez de colegios como cárceles, la juventud, quién nos devolverá—ahora...—la libertad, su retorno imposible? Los hombres de una generación obligados a creer a toque de corneta vemos ahora, entre un regusto de amargo júbilo y cierta tristeza por nosotros mismos, cómo empiezan a caer los ídolos de barro, esos mitos contra los que silenciosamente, en nuestro interior, luchamos entonces desesperados y solos, porque sabíamos que sólo podríamos sobrevivir buscando, a dura contracorriente, nuestra verdad, que no era "la verdad".

Esta nota debía ser un comentario al libro de Castellet. Va a serlo, pero de particular manera. La poesía novísima ya sabemos cómo es. Yo ahora casi prefiero--como Castellet y tantos innominados hombres de nuestra edad--mostrar la alegría y el inevitable y desasosegado pavor del que vivió en una cueva y ve cómo se va haciendo la luz. No diré que estos poemas sean espléndidos, ni mejores que los anteriores. Ni mucho menos. Ni diré que estén arrancados --unos sí, otros no--de allí donde el ser se cuaja. Diré, casi para intentar justificar la calificación de reseña literaria de estas líneas, que, aunque esto no sea tampoco una novedad, las barreras vuelven a caer. Pero es que ahora caen también otras barreras. Y diré que nosotros, los nominados o innominados hombres de la otra macheteada generación, quisiéramos ser reivindicados por aquellos que no han conocido nuestro sordo combate inútil. ¿Inútil digo? Miento. A golpes de dolor, de miedo y de duda—y también de fe en nosotros--construimos nuestra ética e hicimos posible lo de ahora. Nuestra ética, mucho más difícil, porque fue un edificio levantado con los cascotes--cascotes de hierro-- a que los demás nos reducían con sus piquetas míticas.

Olvidad en buena hora, los novísimos los viejos esquemas destructores. Pero en serio. Sed cínicos, sed sinceros. Pero sedlo. Atacad a los santones con vuestra desvergüenza fresca, con vuestra desfachatez, pero pensad, un poco, en las víctimas de los santones. En el que no pudo--y no puede--comer. En el que sólo pudo usar la libertad dentro de sí. En el que no quiso someterse al poder y a las formas y fue barrido por ellos. En el que se hizo a sí mismo, en soledad, entre sangre, hostilidad y barro. Y quisiera que supierais también asombraros--porque del dolor obtuvimos el goce, a fuerza de reducirnos a nosotros mismos--ante el espectáculo y la participacicón de la vida. Quisiera que cada palabra vuestra fuera un jirón arrancado de muy dentro. Quisiera que fuerais humillados--os lo deseo sin maldad y de corazón--, porque así obtendréis la alegría del definitivo y personal encuentro con la verdad.

Escribid de lo que sea, al margen de razones, que el tiempo, como a todos, os hará, os deshará y os hará definitivamente al fin. Hacedlo, mientras nosotros contemplamos, con júbilo y tristeza, vuestra entrañable y juvenil desfachatez. Esa juvenil desfachatez irrecuperable que nosotros no tuvimos, pero cuya ausencia, quizá, hizo que cada uno de nuestros actos estuviera cargado de anhelos y necesidad de vida por lo duro del camino que nos llevó hasta ella.

Pero nada en el fondo cambia. El hombre siempre es el mismo. Y la necesidad del tiempo, irremplazable. Los que de vosotros escriban con verdad, quedarán, los demás serán, como siempre, el fútil pero necesario coro de todo nuevo movimiento. En realidad, al cabo de modos y modas, sólo importa una cosa: la aceptación por cada uno de nosotros de nuestra propia vida, la fruición que así conseguimos, y el asentamiento, ya sin fórmulas de tirios ni troyanos, sobre nuestra verdad.

Pensad en quienes dije. Y, también, y porque el enemigo es algo nuestro, pues si destruye nos construye, en aquellos que cerraron filas, aceptaron el juego, y hoy siguen, airados, levantando sus inútiles piquetas.

La antología de Castellet viene en un momento oportuno. Nos hace meditar. No he querido, repito, entrar en una crítica estricta sobre ella, sino mostrar lo que nos revuelve dentro de nosotros. Y esto, si bien se mira, también es un insólito, pero válido, comentario de la obra.

Juan Carlos Molero